

### **Darwinismo y evolucionismo en la antropología.**

Por: Jorge Gasché, antropólogo y lingüista, IIAP/Programa SOCIO-DIVERSIDAD, Iquitos.

Como el tema, sobre el cual les voy a exponer hoy, nunca ha sido parte de mis investigaciones personales, me limitaré en esta conferencia a compilar informaciones e interpretaciones recientes y a sacar unas conclusiones sobre qué pueden significar estas interpretaciones recientes del darwinismo para la comprensión de la situación social y su futuro en la Amazonía. En esta última parte, sí, entrarán resultados de investigaciones recientes que realizó un pequeño equipo de investigadores, bajo mis orientaciones, en el IIAP en el marco de un proyecto llamado “Sociodiversidad”, que, este año, se ha constituido en un programa institucional del IIAP.

Constatemos al inicio de nuestras reflexiones que el ser humano, desde que se ha manifestado como un ser social creador de cultura y en todas partes de globo terrestre, se ha hecho ideas sobre la creación y el origen de este mundo y sobre la creación de él mismo. Y en todas estas ideas, manifiestas en las primeras escrituras inventadas en Mesopotamia, Egipto y el Valle del Indus y en las tradiciones orales de los pueblos, podemos descubrir también la idea de evolución, es decir, la idea que al origen, en el momento de su creación, el mundo era distinto de lo que es hoy en día, que, desde luego, el mundo ha pasado por distintas fases hasta llegar a ser lo que es actualmente. Podemos afirmar, entonces, que el origen y la evolución del mundo ha sido una preocupación constante del ser humano desde su emergencia como ser social y cultural.

Recordemos unos hechos. La Biblia habla de la creación del mundo por dios en forma de un paraíso: un mundo perfecto y pacífico, sin necesidad de trabajo, sin mal, sin vergüenza, sin pecado. Fue la desobediencia del ser humano a una orden divina que constituyó el primer pecado, el cual fue castigado expulsando a la pareja original del paraíso a este mundo de hoy que es pecaminoso y vergonzoso – la humanidad está afligida por el pecado hereditario –, penoso, por exigir trabajo, y hostil, pues hay animales carnívoros y guerra. En esta visión bíblica, que ha marcado siglos de nuestra civilización occidental y de la islámica, la degeneración del mundo paradisiaco original se debe al ser humano. El mismo ser humano – por su naturaleza pecaminosa – es responsable de que vive ahora en un mundo imperfecto, donde sufre y que es para él, en una terminología más tardía, un Valle de Lágrimas.

La antigüedad clásica, griega y romana, hablaba de tres edades: la edad de oro, la edad de plata y la edad de hierro, que es la actual. El poeta romano Ovidio ha dado la más alta expresión poética a esta visión en su obra *Metamorfosis* (“Transformaciones”). Esta visión también contempla un proceso de degeneración. Desde un mundo con una humanidad semejante a los dioses, éste evoluciona a un mundo de los héroes y, luego, a partir de la guerra troyana, al mundo actual con sus desigualdades, sus injusticias, sus

sufrimientos, su trabajo penoso etc. El mundo y el ser humano, perfectos en el momento de su creación, han devenido en el mundo y la humanidad imperfectos de la realidad actual.

En contraste con estas visiones pesimistas que valoran negativamente el mundo actual y, en las tradiciones judías, cristianas e islámicas, prometen al ser humano el retorno al paraíso después de la muerte, a condición, precisamente, que el hombre remedie durante su vida terrestre a su naturaleza pecaminosa – regla que ha justificado la imposición a las conductas humanas de las disciplinas más raras y, sobre todo, hostiles al gozo del cuerpo –, en contraste a esta visión, menciono una visión propiamente amazónica del origen y la evolución del mundo y la humanidad, la de los Huitoto. Según ellos, el creador ha buscado, en un largo esfuerzo de pensamiento y discurso, a crear el mejor de los mundos. Este objetivo no lo ha alcanzado en su primer ensayo, pues la primera humanidad que creó no le respetaba, pretendía ser igual o más poderosa que él, se ufanaba. Por eso, la convirtió en lo que hoy vemos como bosque: en animales y árboles. Los mitos huitoto cuentan los hechos de los héroes poderosos que constituían esa primera humanidad, cuyos poderes siguen presentes en los seres animales y vegetales, pero ahora en beneficio de la nueva humanidad, la actual, la buena, la que practica la palabra del creador en sus fiestas, en las que se manifiestan todos los actores y las relaciones sociales constitutivas de la sociedad huitoto. Y tal como el Creador pasó por una creación mala a una creación buena, el dueño de una fiesta debe ser capaz de convertir el mal en bien, cuando, durante la celebración de una fiesta, se manifiestan soberbia, irrespeto y agresividad que podrían convertir la fiesta en guerra. Tenemos aquí, pues, una visión optimista de la evolución que aprecia el mundo actual como el mejor y como el resultado de una lucha del Creador que pasó por un ensayo abortado hasta alcanzar el mejor de los mundos que es él en que vivimos actualmente.

Las nociones de creación y evolución, desde luego, siempre han suscitado especulaciones y explicaciones en todas las sociedades humanas y estas especulaciones y explicaciones siempre estaban vinculadas a reglas de conductas sociales. El miembro de una sociedad debía conducirse conforme a las reglas morales contenidas en la historia de la creación. O al revés: la historia de la creación justificaba las reglas de conducta social. Veremos más adelante, cuando hablaremos del *darwinismo social*, que este vínculo entre explicación del origen y de la evolución y reglas o valores sociales no es propio a sociedades primitivas o arcaicas, sino es también un componente de nuestra sociedad moderna, científica, industrial y post-industrial, capitalista, liberal y neo-liberal.

Estaríamos siguiendo en este nivel ideológico del debate sobre creación y evolución si no hubiera ocurrido, en el siglo XVI, un cambio cualitativo significativo en la relación del hombre al mundo. En ese siglo surgió lo que llamamos el pensamiento científico que raciocinaba y explicaba lo que ocurre en la naturaleza en base a hechos observados y medidos, independientemente de las creencias religiosas y los valores morales imperantes. Copérnico, Kepler, Galileo Galilei, luego, en el siglo XVII, Newton son los hombres que han fundado el sistema heliocéntrico y las primeras leyes de la física y de la

mecánica celeste, gracias a nuevos instrumentos de observación y medición como el telescopio etc. Como estos descubrimientos científicos estaban en contradicción con las creencias derivadas de la Biblia, sustentadas por ella (por ejemplo, la visión geocéntrica del mundo) e institucionalizadas por la iglesia católica, los descubridores pasaron por herejes y, como se sabe, Galileo Galilei tuvo que renegar sus convicciones científicas ante la Inquisición, si quería salvar su vida.

Es el mérito de Darwin haber descubierto las leyes naturales que explican, a la vez, el origen unitario de la vida y su diversificación mediante la formación de las especies adaptadas a diversos medios naturales a través del proceso de selección natural. Es menester de mencionar, sin embargo, que paralelamente a Darwin, el naturalista inglés Alfred Russel Wallace (que dejó un relato de su viaje por la Amazonía) descubrió en los mismos años la misma ley de la selección natural para explicar la diversidad de las especies, como lo atestigua una carta de Wallace a Darwin. Por eso, también se habla a veces de la llamada “teoría de Darwin-Wallace”.

Gracias a estos investigadores y libre pensadores, la explicación del origen y la evolución de las especies, es decir, la diversidad de la naturaleza, recibió por primera vez en la historia de la humanidad un fundamento científico, es decir, basado exclusivamente sobre la observación de los hechos naturales y un pensamiento lógico, sin hacer intervenir fuerzas sobre-naturales o principios metafísicos.

Este descubrimiento contradecía nuevamente la Biblia y la doctrina cristiana, pues la naturaleza no fue creada desde el inicio por el Creador en toda su diversidad, sino es el resultado de un largo proceso de evolución diversificadora que tiene su origen en el primer ser vivo (origen unitario) y que sigue operando en la actualidad, haciendo desaparecer especies (como lo comprueban los fósiles y la paleontología) y haciendo aparecer nuevas. De ahí que una especie botánica o animal no es fija (como lo quería la doctrina fijista creacionista), sino susceptible de modificarse y dar nacimiento a nuevas especies a través de la selección natural, que favorece la supervivencia y reproducción de los individuos mejor adaptados a su medio natural, en desmedro de los individuos menos “adaptados”.

Recordamos que el libro de Darwin *El origen de las especies* fue publicado en 1859 (hace exactamente 150 años), *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, en 1871, y *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, en 1872.

En estos mismos años aparecieron lo que podemos considerar como las primeras obras de la antropología: 1861 Bachofen: *Das Mutterrecht*; 1861 Sumner Maine: *Ancient Law*; 1865 Mac Lennan: *Primitive Marriage*; 1865 Tylor: *Researches into the early history of mankind and the development of civilization*; 1871 Tylor: *Primitive Culture*; 1877 Morgan: *Ancient Society*.

Se califican las teorías interpretativas de estos primeros antropólogos de la segunda mitad del siglo XIX generalmente como “evolucionistas”, pero esta

calificación no tiene relación alguna con la teoría evolucionista de Darwin; más bien se observa un uso diferente y paralelo de la noción de evolución en el ámbito de las ciencias naturales y en el ámbito de la naciente antropología.

Sin poder entrar en los detalles y variaciones de los puntos de vistas y teorías de estos primeros autores antropológicos, resumiremos las ideas evolucionistas predominantes de esta primera antropología que pretendía ser científica.

En ésta, observamos – al contrario de lo que dijimos de la visión pesimista judía, cristiana e islámica – una visión optimista de la evolución – no del mundo natural – sino de la sociedad y de la cultura humanas, pues a estos aspectos se refiere la teoría evolucionista antropológica de ese siglo. Y esta visión optimista se funda en la noción de progreso social, cultural, científico, técnico etc. El siglo XIX y la civilización europea se encuentran entonces en la cumbre del progreso y representan el estado de evolución máximo llamado “civilización” que empezó, hace siglos, con la invención de la escritura. El estado de evolución llamado “barbarie” abarca todas las sociedades y culturas humanas que saben fabricar cerámica y practican la ganadería o agricultura, pero que no conocen la escritura. El primer estado de evolución cultural del género humano es llamado “salvajismo” y engloba todas aquellas sociedades y culturas que no han llegado todavía a la fabricación de cerámica (mayormente son los nómadas cazadores y recolectores).

Las tesis (los “postulados”) del evolucionismo unilineal tal como las formula Lewis Morgan son las siguientes:

- (1) los grupos que componen la humanidad pasan todos por una serie de fases comparables entre ellas;
- (2) la evolución se hace de manera unilineal (para cada grupo) y, hablando globalmente, la evolución de la humanidad también es unívoca (unidireccional);
- (3) es posible de definir paralelas culturales y de compararlas, los grupos “atrasados” atestiguan un estado antiguo que, anteriormente, también han conocido los grupos “avanzados”,
- (4) los mismos impulsos fundamentales obran en el seno de todas las culturas por diversas que sean.

Frente al evolucionismo unilineal, se manifestó el evolucionismo cultural plurilineal y no uniforme del alemán Adolf Bastian que toma en cuenta los factores de tiempo, lugar y medio natural. Bastian publica en 1860 *Der Mensch in der Geschichte* (“El hombre en la historia”):

- (1) que toma en cuenta los efectos de los préstamos (difusionismo) sobre la evolución de las culturas (hablando de provincias geográficas de culturas).
- (2) que pretende que las ideas elementales comunes a toda la humanidad se realizan en construcciones culturales diferentes en función de las condiciones de tiempo, de lugar y del medio que encuentran.

En 1899 Friederich Ratzel, otro alemán, publica *Anthropogeographie* que analiza las relaciones que existen entre un grupo humano y su medio natural.

En esta fase de la historia de la antropología, más que de influencia darwiniana, conviene de hablar de tradiciones y preocupaciones intelectuales paralelas entre el planteamiento de Darwin que vincula estrechamente la evolución y la diversificación de las especies a la intensificación de su adaptación al medio natural, y las demostraciones de una antropología naciente que, siendo prisionera de su ideología evolucionista cultural que pone en la cumbre final la sociedad occidental, trata de explicar la diversidad cultural de la humanidad no sólo con el argumento de mayor o menor atraso o adelanto en la vía unilineal del progreso, sino también con sus diferentes formas de adaptación a los recursos naturales disponibles. Podemos decir entonces que ya en los inicios de la antropología la dimensión de la ecología humana estaba presente para explicar las variaciones socio-culturales.

A partir del siglo XX y con la introducción de la práctica del trabajo de campo en las sociedades estudiadas, promovida por Boas y luego, principalmente, por Malinowski, el interés de los antropólogos se focalizó en la comprensión de las particularidades, funciones y estructuras internas de cada sociedad y en el estudio de la manera en que las diversas sociedades humanas responden a las diversas capacidades físicas, síquicas y morales del hombre. Visto de esta manera, todas las sociedades humanas satisfacen las necesidades ontológicas humanas, aunque cada una a su manera y privilegiando a menudo ciertos aspectos del potencial físico y síquico humano, como lo demostró la escuela antropológica llamada “cultura y personalidad” (Ruth Benedict, Kardiner, Margaret Mead, etc.). El estudio de las sociedades simples (para no decir ya “primitivas”) mediante la observación directa en el trabajo de campo, además, reveló que las sociedades no evolucionaban linealmente siguiendo el esquema de los evolucionistas del siglo XIX, sino que las evoluciones históricas eran procesos mucho más complejos que dependían tanto de las dinámicas internas de las sociedades como de las relaciones – pacíficas (intercambio, comercio) o guerreras – entre las sociedades; inclusive se observaban procesos aparentemente regresivos cuando una población de horticultores abandonó la horticultura y volvió a practicar el nomadismo con caza, pesca y recolección de productos silvestres. De esta manera, la antropología desarrolló, en reacción al evolucionismo cultural, la doctrina del *relativismo cultural*, que afirmaba los valores sociales *sui generis* de cada sociedad y que, al mismo tiempo, era una crítica del a priori ideológico que pretendía que el modelo europeo de sociedad y cultura era la cumbre de la evolución, que todas las sociedades restantes debían imitar, para alcanzar un mismo grado de civilización suprema, y que había justificado la expansión colonial europea con sus métodos de dominación y opresión económica, política y religiosa. Pero nuestra tarea aquí no es trazar la historia de la antropología.

Si queremos evaluar el impacto de las teorías darwinianas sobre las ciencias sociales, debemos dirigirnos a otra ciencia social que fue constituida en el siglo XIX, la sociología, cuyo nombre se debe a Auguste Comte (1798-1857), quien fue su fundador y el creador de la filosofía positivista y quien, por su parte y antes de los primeros antropólogos, defendió su teoría de tres edades de la humanidad: (1) el fetichismo (caracterizado por la preponderancia del instinto y del sentimiento), el politeísmo (por la preponderancia de la imaginación) y el monoteísmo (de la actualidad: donde la imaginación es disciplinada por la

razón, y se desarrolla el sentimiento que todo está sometido a leyes naturales e invariables). Recordemos que el lema del positivismo “orden y progreso” figura hasta hoy en día en la bandera del vecino país Brasil. Vemos, con estos ejemplos de teorías “evolucionistas” socio-culturales, que la visión de tres fases o edades de la humanidad tiene una larga tradición en el pensamiento europeo desde la antigüedad greco-latina, pero que de una visión pesimista del mundo pasó a ser una visión optimista, sustentada en los progresos científicos y técnicos del siglo XIX que daban a los europeos la conciencia de superioridad sobre todas las otras sociedades del mundo. Esta visión eurocéntrica del progreso no ha disminuido en el mundo contemporáneo y sirve de modelo de desarrollo a los líderes políticos de la mayoría de los países dichos “en vías de desarrollo”, - y eso, aunque el centro del “progreso”, se estima, se ha desplazado de Europa a Norteamérica.

El fundador del *darwinismo social*, como se suele llamar la transposición de la ideas darwinianas de la selección natural como mecanismo de la evolución al campo social, era un contemporáneo de Darwin, el sociólogo inglés Herbert Spencer.

Una evaluación reciente del darwinismo social (ver: Wikipedia) dice:

“Sin embargo, a diferencia del mecanismo evolutivo propuesto por Darwin, el darwinismo social, que por su parte ni fue ideado, ni obtuvo el respaldo de Darwin, traslada la teoría biológica de la selección natural de dicho científico a los fenómenos sociales de la humanidad. De esta forma, propone que la supervivencia del más apto – una noción que inventó Spencer y que no es de Darwin – es un elemento inherente a las relaciones sociales, pasando por arriba de todos los aspectos que hacen la complejidad de las comunidades humanas. Por ello, los postulados que devienen de teorías relacionadas con el darwinismo social no son considerados válidos científicamente, siendo esta teoría definida como pseudociencia (ver por ejemplo: *El gen egoísta* de Richard Dawkins o *La falsa medida del hombre* de Stephen Jay Gould). Fuera del campo teórico, la ideología que se desprende de esta visión de la sociedad se encuentra a lo largo de la historia íntimamente relacionada con posturas sexistas, racistas y etnocéntricas, como también en la forma de justificativo para respaldar en el plano teórico situaciones de injusticia social, tales como la falta de derechos igualitarios entre mujeres y hombres, o entre clases sociales o etnias diferentes.”

El mismo comentario sigue:

“Formalmente, el principal proponente de la teoría del darwinismo social fue Herbert Spencer, contemporáneo de Darwin y muy popular en su época. Spencer interpretó la selección natural en términos de la “*Supervivencia del más apto*” y lo trasladó al campo de la sociología. El darwinismo social sugiere que las características innatas o heredadas tienen una influencia mucho mayor que la educación o las características adquiridas. El mismo Darwin parecía pensar que los *instintos sociales* o los sentimientos morales habrían evolucionado a través de la selección natural aunque nunca llegó a explicar cómo la presión evolutiva sobre diferentes individuos podía afectar al colectivo

de una sociedad. Al mismo tiempo, Darwin se opuso a dar validez a esta teoría y sostenía opiniones políticas opuestas a la mayoría de los autores más destacados de la misma.

El darwinismo social fue popular desde finales del siglo XIX hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Los proponentes del darwinismo social utilizaban esta teoría para justificar diferentes esquemas sociales imperantes durante este periodo de tiempo. Entre los sistemas sociales que se procuró justificar mediante esta corriente de pensamiento se encuentran el capitalismo u otros estados de desigualdad social. Entre sus influencias más extremas se citan el comienzo de la eugenesia (una doctrina que promueve políticas de control sobre la reproducción humana con el fin, dizque, de “mejorar” el acervo genético de una sociedad) y de las doctrinas raciales nazis. Muchos de los proponentes de la teoría la han utilizado para justificar posiciones de este tipo, desde la inevitabilidad del progreso hasta la justificación de doctrinas raciales y, en general, todo tipo de movimientos totalitarios.”

Como las ideas del darwinismo social también han impregnado significativamente las élites latinoamericanas y promovido políticas de colonización con el objetivo de “mejorar la raza”, y como estas ideas, por su simpleza, siguen influenciando secretamente políticas actuales (recordemos la política de esterilización aplicada en el medio rural por el régimen de Fujimori), vale la pena citar una segunda evaluación, un poco más detallada, de esta corriente de pensamiento pseudo-científico.

**<http://library.thinkquest.org/C004367/eh4.shtml>** : “Herbert Spencer, el padre del darwinismo social como teoría ética, estaba pensando en términos del principio elitista “el poder hace el derecho” mucho antes de que Darwin publicase su teoría. Sin embargo, Spencer adaptó rápidamente las ideas darwinianas a sus propias ideas éticas. El concepto de adaptación le permitió postular que los ricos y poderosos eran mejor adaptados al ambiente social y económico de su época, y el concepto de selección natural le permitió sostener que era natural, normal y apropiado para los fuertes que prosperen a expensas de los débiles. Después de todo, dijo, eso es exactamente lo que ocurre en la naturaleza todos los días.

Además, Spencer no solo colocó en sus teorías a los seres humanos en paralela con la naturaleza. No sólo la supervivencia de los más fuertes era natural, sino también moralmente correcta. De hecho, algunos darwinistas sociales extremos argumentaron que era moralmente incorrecto dar asistencia a los que eran más débiles que uno, pues eso iba a promover la supervivencia y posible reproducción de alguien que era fundamentalmente inepto.

El darwinismo social era invocado en numerosos casos que hoy en día clasificamos como de valor moral dudoso. El colonialismo era visto como natural e inevitable, y se le dio justificación mediante una ética basada en el darwinismo social: los europeos vieron a los indígenas como más débiles e ineptos para sobrevivir, y por eso, se sintieron justificados en sus confiscaciones de tierras y recursos. El darwinismo social también se aplicó a la acción militar. Se dijo que los militares más fuertes ganarán, y por eso serán

los más aptos. Los muertos y heridos del lado de los perdedores eran atribuidos a su estatus de ineptos. Y finalmente, esta doctrina ética dio apoyo moral a gobiernos coloniales brutales que empleaban tácticas opresivas contra sus súbditos.

El darwinismo social, claro está, también se aplicó a contextos sociales, pues proveyó una justificación a las formas más explotadoras del capitalismo donde los obreros eran a menudo pagados unos céntimos al día por largas horas de penoso trabajo. El darwinismo social también sirvió para justificar las grandes empresas en su rechazo a reconocer los sindicatos y organizaciones similares, y también implicaba que los ricos no debían dar dinero a los pobres o menos afortunados, ya que esta clase de gente era de todas maneras menos apta.

En sus formas más extremas, el darwinismo social fue usado para justificar programas de eugenesia dedicados a erradicar genes, dizque, “indeseables” de la población; tales programas eran acompañados a veces por leyes que promovían la esterilización de individuos declarados “ineptos”. El movimiento eugenésico americano era relativamente popular entre 1910-1930; durante esos años, 24 estados dictaminaron leyes de esterilización y el Congreso americano votó una ley que restringía la inmigración desde ciertas áreas geográficas cuya población fue estimada inepta. Ideas del darwinismo social también fueron usadas por el partido nazi de Alemania para justificar sus programas eugenésicos.”

A pesar de que tanto los científicos naturales como los sociales denuncian el darwinismo social como una pseudo-ciencia y reconocen que el mismo Darwin no adhirió a las conclusiones sociales y políticos que algunos de los pensadores contemporáneos pretendían sacar de su teoría, el darwinismo social tiene la vida dura. La prueba de ello es que a mediados de los años 70 del siglo XX surgió en una forma nueva llamada “sociobiología”, apoyada sobre el libro de E.O. Wilson *Sociobiology: the new synthesis*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.

Es decir, después de que la teoría darwiniana fue confirmada por el redescubrimiento de Mendel y de sus leyes de transmisión hereditaria al inicio del siglo XX y por la genética moderna, en particular, la genética de las poblaciones, y después de que estos nuevos descubrimientos fueron reunidos en lo que se llama hoy la *Síntesis Moderna* o la *Teoría Sintética* del Darwinismo, surgió un nuevo ensayo para justificar la estratificación social, la desigualdad económica y la dominación política con razones biológicas sacadas del universo animal y supuestamente arraigadas en el genotipo humano y en las leyes de la transmisión genética – la selección natural – que, se asume, funcionan según los mismos principios en las poblaciones animales y en las sociedades humanas, – lo que, en todo caso, está lejos de ser comprobado.

Pero escuchemos cómo evalúa un antropólogo francés, Philippe Descola, la sociobiología en el diccionario de la etnología y antropología:



“La sociobiología es una teoría de los fundamentos genéticos del comportamiento social de los animales y de los hombres contemplado desde el punto de vista de la selección natural. Aun que esté ligada a la corriente más antigua del darwinismo social, la disciplina se ha constituida recientemente bajo el impulso del biólogo E. O. Wilson (1975), en reacción a la tesis, dominante en la etología animal clásica, según la cual la unidad genética de adaptación es la población de organismos que forman una comunidad de reproducción. Para la sociobiología, al contrario, la adaptación siempre es individual y consiste en la maximización de la ventaja reproductiva de un sujeto a expensas de sus congéneres. Aparentemente contradictorios con esta tesis, los comportamientos “altruistas” observados en las sociedades animales se explican por la teoría de la selección de parentesco, es decir: al sacrificarse voluntariamente para salvar su grupo, un individuo asegura la sobrevivencia de los genes idénticos en aquellos de sus consanguíneos que su acto protege. El altruismo aparente se resolvería, desde luego, en un “egoísmo” genético, que sería motivado por una conciencia íntima de las leyes de transmisión hereditaria.

Se ha tentado de extender a las sociedades humanas estas interpretaciones genéticas del comportamiento frente a los consanguíneos: el evitamiento del incesto, los principios de filiación, la poliginia, las reglas matrimoniales serían, vistos desde esta perspectiva, maneras de optimizar la capacidad reproductiva del grupo. La mayoría de los antropólogos consideran tales interpretaciones como altamente especulativas, pues reposan sobre hipótesis biológicas inverificables; además, presuponen una confusión entre los lazos sociales establecidos por el parentesco humano y el coeficiente de ligazón genética. Pero, justamente, el parentesco no es sólo un hecho biológico, sino es un sistema de codificación social cuyas categorías no corresponden forzosamente a la distancia entre consanguíneos. Descrita por Marshall Sahlins – un renombrado antropólogo norte-americano – como un “totemismo científico” (1980), la sociobiología aparece, en fin de cuentas, no tanto como una disciplina que se situaría en el fundamento de las ciencias sociales, que como una transposición a la biología de la teoría *behaviorista* de la acción en un mercado competitivo.” (M. Sahlins 1976: *The use and abuse of biology. An anthropological critique of sociobiology.* / 1980: *Critique de la sociobiologie. Aspects anthropologiques.* Paris, Gallimard.)

Pero la publicación del libro de Wilson con el título de “Sociobiología” no sólo ha provocado el rechazo de la transposición de biología genética y de los principios de la selección natural a las sociedades humanas de parte de los antropólogos, sino también y con instrumentos científicos más eficientes, de los mismos biólogos. Por un lado, no se ha podido identificar ningún gen de una especie de mamíferos que sea responsable de alguna calidad ética como, por ejemplo, el altruismo o el egoísmo. Además, se ha descubierto que existen genes que se expresan en la morfología de un individuo de manera diferente según el medio en que nace y crece. Así, por ejemplo, un gen que es responsable de la atrofia de las alas de la mosca *Drosophila* puede dar lugar a un desarrollo casi normal de las alas cuando se modifica la temperatura de su ambiente durante su crianza. Por otro lado, los geneticistas rechazan toda idea de maximización u optimización de ciertas calidades mediante el proceso de

selección natural. Dice André Langanay (en: 1985: *La misère de la sociobiologie*: 47): “Admitir que las especies vivas o los ecosistemas tienen una tendencia hacia la maximización de cualquier valor selectivo, latente o expresado, es un acto de fé y no un punto de vista científico. Si admitimos, con François Jacob, que las direcciones evolutivas no son más que los resultados aleatorios de “improvisaciones” (“bricolages”) debidas a las mutaciones y recombinaciones genéticas, a las que añadiremos la evolución lamarckiana de los comportamientos aprendidos, podemos preguntarnos qué cosa la selección natural podría maximizar en este proceso.” Con eso, la ciencia genética excluye toda visión teleológica de progreso hacia un fin previsible y definible que tantos ideólogos quieren imputar a la evolución natural y social. Si la biología habla de “superioridad” y de “inferioridad”, estas nociones se refieren exclusivamente a la capacidad reproductiva estadísticamente mensurable y no implican ningún valor cualitativo – social o ético – más allá.

Vemos, entonces, que el darwinismo social hasta en su última versión – la sociobiología – carece de fundamento científico. Es, desde luego, un producto de la ideología dominante que, utilizando el prestigio y peso social que en la sociedad occidental moderna tiene la ciencia, pretende justificar “científicamente” la explotación económica de una mayoría de la humanidad por una élite minoritaria, la dominación política de los más fuertes (más armados) sobre los más débiles y la alienación espiritual de las mayorías por una doctrina pseudo-científica. Desde luego, como en todas las sociedades humanas y en los ejemplos que hemos mencionado al inicio de nuestra conferencia, también en la sociedad actual dominante – “moderna”, “occidental”, capitalista, neo-liberal – la historia del origen y de la evolución del mundo, de la naturaleza y del hombre sirve para justificar conductas y valores sociales en la boca de los ideólogos vinculados a los intereses de las élites dominantes, con la diferencia de que hoy en día estas justificaciones ya no usan mitos o escrituras sagradas para sustentarlas, sino pretenden – abusivamente, como vimos, – apoyarse sobre la ciencia.

Ya hemos mencionado anteriormente que el mismo Darwin no estaba de acuerdo con las interpretaciones que hacían los darwinistas sociales contemporáneos (como Spencer y Galton) de su teoría de la evolución. La aparición de la sociobiología en 1975 ha dado lugar al retorno a una lectura minuciosa y crítica de los escritos originales de Darwin. ¿Cómo entendía el mismo Darwin la influencia de la cultura y civilización sobre los procesos de evolución del hombre? Debemos al filósofo y especialista francés de Darwin, Patrick Tort, esta reevaluación del pensamiento social darwiniano. Este especialista es el autor y coordinador del gran diccionario del darwinismo en dos volúmenes, publicados por las Prensas Universitarias de Francia, y el responsable de la edición en francés de las obras completas de Darwin, sin mencionar sus múltiples libros dedicados a la interpretación del pensamiento del gran naturalista inglés.

Patrick Tort (1985 *La misère de la sociobiologie*, Paris, P.U.F. 125-6) critica de la siguiente manera la sociobiología y su contradicción con las ideas del mismo Darwin sobre la evolución de la civilización humana:

“El darwinismo social es, en apariencia, la extensión sociológica, dizque, “natural” de la teoría de la selección. De hecho, el hombre no está a parte del conjunto de los otros animales. Si difiere, por ejemplo, de los mamíferos superiores, es por una distinción de *grado* (en la inteligencia, la afectividad, la organización) y no de *naturaleza*, como Darwin lo ha dicho y repetido. Pero los “darwinistas sociales” han aprovechado de esta continuidad de la cadena zoológica para pretender, por lo tanto, que las sociedades humanas en su devenir histórico eran sometidas a las mismas leyes que la esfera animal, y que, de la misma manera de que la ley de la competencia vital y del triunfo de los más aptos determinaba la evolución orgánica de las especies, de esta misma manera, esta ley organizaba las relaciones interhumanas en el estado social civilizado, con consecuencias dizque “naturales” análogas: la eliminación de los desfavorecidos y la promoción de los más fuertes. Sin embargo, es precisamente la idea de la existencia de una misma ley evolutiva vigente en todos los eslabones de la evolución la que está en contradicción con la lógica del pensamiento darwiniano rigurosamente analizado.

En *La descendencia del hombre* (1871), Darwin muestra que la *civilización* reposa sobre la *selección de comportamientos anti-selectivos*: gracias al crecimiento de la *racionalidad*, al desarrollo progresivo de los *instintos sociales*, al refuerzo correlativo del sentimiento de *simpatía* – estos fenómenos siendo de su parte, hay que recordarlo, los *efectos* de la *selección natural* –, la *civilización* aparece *naturalmente* como el estado en el cual la selección demuestra que ella, sin parar de operar selectivamente, se ha retornado progresivamente sobre ella misma (es decir, sobre sus principios iniciales) para favorecer, en vez de la eliminación de los débiles, comportamientos de ayuda y asistencia hacia los menos aptos, en vez de la desaparición de los menos armados para la lucha, su rehabilitación por tecnologías compensatorias (medicina, higiene, deporte, etc.), en vez de la eternización de las jerarquías, la asimilación simpática, y, en vez del egoísmo, la solidaridad. Este efecto de retorno interno y continuo de la selección natural, es decir: la selección natural selecciona la civilización, la que se opone a la selección natural, es lo que Patrick Tort llamó el *efecto reversivo* de la evolución.

Patrick Tort concluye su párrafo dedicado a restablecer la “verdad” darwiniana respecto a la evolución de la civilización con la siguiente constatación:

“En cada crisis del liberalismo – crisis de crecimiento durante la revolución industrial inglesa; Spencer; crisis política en la Alemania de Bismarck: Haeckel; crisis económica en el imperio alemán del primer tercio del siglo XX : Hitler, Rosenberg; crisis estructural y cultural de la modernidad: Wilson – se ha visto resurgir un darwinismo social o una sociobiología, es decir, algo que Darwin mismo ha designado explícitamente desde 1871 como un rasgo resucitado de la *barbarie*.”

Queda claro entonces que todos aquellos que pretenden que “la ley del más fuerte” debe gobernar en la sociedad humana por garantizar el progreso y por ser una ley universal de la evolución, válida tanto en el mundo animal como en el humano, no pueden apoyarse en el pensamiento de Darwin, pues éste insiste en que la civilización es el resultado de una selección natural que ha

privilegiado facultades humanas como el instinto social, la simpatía, la solidaridad que son el fundamento de las sociedades humanas y de sus evoluciones y no existen en esta forma ni con los mismos resultados en las sociedades animales. Querer orientar políticas sociales y económicas aplicando “la ley del más fuerte” (que está implícita en la doctrina neo-liberal y capitalista de la competitividad) corresponde entonces a promover un rasgo humano arcaico, arraigado en las sociedades animales, mas no compatible con la idea de progreso de la civilización tal como la defendía Darwin.

Tal vez que los últimos efectos de veinte años de reino desenfrenado del capitalismo neo-liberal y de promoción de la globalización, así como los impactos ambientales y climáticos de la producción industrial siempre creciente logra, en fin, hacernos dudar de los valores, dizque, del “progreso” que políticos, expertos y los medios de comunicación nos predicán con los términos de libre mercado, competitividad, productividad y crecimiento económico, y que, en el fondo, se resumen en una sola expresión “la guerra – económica y armada – de todos contra todos” con el argumento falsamente darwiniano que el más fuerte gana y, por ser el más fuerte, está en la punta de la evolución.

La actividad humana que se inspira de estos valores produce, como lo denuncian los estudiosos de la naturaleza, la disminución masiva y constante de la biodiversidad natural, es decir que anula el resultado de millones de años de evolución de los organismos en el proceso de la selección natural. Pero de la misma manera esta afectada la biodiversidad domesticada, que es el resultado de miles de años de selección artificial realizada por los horticultores, agricultores y criaderos en el seno de todas las sociedades y culturas humanas, en los medios naturales más diversos. Pensamos sólo en el gran número de variedades de maíz en México y Meso-américa, con diferentes gustos y valores nutritivos y adaptadas a los más variados nichos ecológicos, que la importación del maíz estadounidense, homogeneizado, uniforme y manipulado por las técnicas genéticas, en el marco del TLC amenaza. Otros efectos de la civilización dominante hasta ahora y basada en la competitividad son harto conocidos como el cambio climático y el efecto invernadero, con sus consecuencias, la multiplicación y la mayor violencia de los huracanes, el deshielo de los glaciares árticos y antárticos y la subida del nivel del mar que en los próximos decenios obligarán millones de habitantes (estimados a 150 millones en 2050) de las costas marítimas a buscar refugio y subsistencia en tierras más altas; el deshielo de los glaciares de las montañas en todos los continentes que amenaza los recursos hídricos necesarios a los hombres y a la agricultura. La contaminación de los ríos, de los suelos e inclusive de los océanos por desechos industriales y el abuso de productos químicos en la agricultura industrial afecta los ecosistemas y su producción natural, así como la salud de los habitantes. Y como colmo de esta “evolución”, se ha calculado que los recursos naturales, tanto renovables como no renovables (como el petróleo y los minerales), no bastarían para permitir que toda la humanidad gozara del mismo grado de consumo de energía y bienes que se practica en las sociedades llamadas “desarrolladas” del Norte, y en particular, en Estados Unidos.

Los recursos naturales son finitos, no infinitos. El sistema social y económico dominante hace desaparecer especies naturales antes que se conozca los beneficios que podrían brindar a la humanidad. Empobreciendo la naturaleza, la civilización dominante socava sus propias bases naturales de “desarrollo”. Si la evolución natural está orientada por la supervivencia del más apto, es decir, del más adaptado al medio natural (el que sabe sacar las mayores ventajas de su medio), podemos decir que, en la medida en que la civilización dominante ha exagerado al extremo en los últimos veinte años el rasgo arcaico de la ley del más fuerte que es la competitividad al nivel global, mundial y que contradice los valores sociales de simpatía, ayuda mutua y solidaridad que la selección natural ha seleccionado para fundamentar la civilización, – en la medida, digo, en que un rasgo social propio al reino animal ha prevalecido (la guerra de todos contra todos y la supervivencia del más “apto” o fuerte), la calidad de la convivencia entre seres humanos y seres de la naturaleza se ha deteriorado al mismo tiempo que se deterioró la calidad de la convivencia entre seres humanos en el seno de sus sociedades. Si eso, tal vez, no es tan evidente aquí en la Amazonía, lo es, sin embargo, en las sociedades del Norte. El consumo masivo y siempre creciente de medicamentos antidepresivos y otros sicotropos, así como el aumento constante de conductas sociales desquiciadas o criminales son un claro índice de esta tendencia. Si la evolución natural, basada en la selección natural, siempre ha privilegiado las variedades más aptas y adaptadas al medio (sin proporcionar a las especies naturales los medios para dominar la naturaleza), la evolución reciente de la civilización dominante se ha desadaptado a su medio natural, poniendo en peligro su prolongación hacia el futuro, al relegar a un segundo lugar los valores sociales propiamente civilizatorios (ayuda mutua, defensa del débil, simpatía, solidaridad) y al privilegiar un rasgo social arcaico propio al reino animal (la competencia, la lucha, la guerra, la dominación) en combinación con sus medios científicos y técnicos de dominación sobre la naturaleza,.

Visto de esta manera, la enseñanza de Darwin y sus consecuencias para el entendimiento de nuestro mundo actual y de su perspectiva futura nos incitan a revisar a fondo todos los planteamientos de “desarrollo” que hasta la fecha hemos aceptado de una manera algo ingenua, como un creyente acepta los milagros que confirman su fe. Y no es suficiente añadir a la noción de “desarrollo” la palabrita “sostenible”, pues los economistas neo-liberales ya han tomado en cuenta este factor en el cálculo de una economía en constante crecimiento. Para estos economistas no hay valor social o natural fuera del valor de las mercancías expresado en dinero. Todo lo que existe en este mundo – hasta el agua que tomamos – puede y debe ser mercancía, y, por ende, tiene un valor monetario. La monetarización completa de la naturaleza y sociedad y la adquisición y acumulación de dinero – y, a través de ellas, la concentración del poder sobre los seres humanos y la naturaleza en manos de unos pocos, pretendidamente los “más aptos”, los “más fuertes” – es, según estos economistas y los políticos que adoptan sus doctrinas, el fin último del progreso humano, por lo que aspiran a extender el libre mercado y la competencia – es decir, el campo de la lucha de todos contra todos (este rasgo arcaico de la sociedad humana) – al mundo entero con el término de “mundialización”.

Permítanme añadir a eso un corta reflexión sobre los últimos eventos significativos en la economía mundial. En el momento de la caída del muro de Berlín, en 1989, Rusia y los países comunistas no tenían ningún banco privado. En ese entonces parecía que la economía planificada socialista había decididamente cedido el paso y demostrado su inferioridad frente al sistema económico capitalista, que desde ese año en adelante pudo pretender a su superioridad definitiva y universal. 19 años más tarde, somos testigos que los más grandes bancos de Estados Unidos y otros en Europa fueron nacionalizados por los Estados, incluyendo una casi nacionalización de la industria automóvil en Estados Unidos. ¿Qué significa esta nacionalización? Significa que el Estado, con el dinero que sus ciudadanos pagan como contribuyentes, practicando así la solidaridad a nivel nacional, rescató los bancos e industrias privados, que habían quebrado en esta lucha capitalista competitiva y cuya doctrina absoluta siempre ha sido la no-intervención estatal en cualquier asunto financiero y de mercado. ¿Qué mejor prueba nos dan los líderes políticos más fervorosos del neo-liberalismo de que, en última instancia, la práctica de la solidaridad social importa más que la aplicación de “la ley del más fuerte”? Pero, podemos decir, el capitalismo siempre ha sido políticamente hábil para privatizar las ganancias y socializar la pérdidas. Por eso, no estamos seguros que este fracaso obvio del sistema capitalista y la demostración de la superioridad de la solidaridad (valor propiamente civilizatorio, según Darwin) sobre la competitividad (rasgo social más bien arcaico, animal) sean suficientes para que los líderes políticos cambien fundamentalmente su visión del progreso y desarrollo, privilegiando, de ahora en adelante, más que el crecimiento económico, modos más igualitarios de la distribución de la riqueza mundial ya existente.

Todavía, el modelo económico y social de la civilización dominante pretende, con su propaganda a favor de la globalización o mundialización, extenderse a todas las sociedades de nuestra tierra. Es eso una pretensión, propagada por las élites del Norte y la mayoría de los líderes del Tercer Mundo y sus aliados, los medios de comunicación en manos de los económicamente privilegiados, más eso no significa que lo haya logrado. Siguen existiendo múltiples sociedades humanas en todos los continentes cuyos miembros actúan e interactúan con motivaciones que no son la lucha, la competencia, el ejercicio egoísta de la autoridad y de la dominación, sino la ayuda mutua, la cooperación, la solidaridad y el respeto de la igualdad en autonomía y en la posesión de bienes materiales, es decir, valores propiamente civilizatorios en el sentido de Darwin.

Ha sido el mérito de la antropología moderna demostrar la presencia y práctica de estos valores morales civilizatorios en las sociedades otrora llamadas “primitivas”, pero a las que preferimos hoy referirnos con el término de “sociedades simples”, en comparación con las “sociedades complejas”, que implican un alto grado de división de trabajo, de jerarquía y estratificación social. Si Darwin tenía prejuicios negativos frente a los pueblos indígenas de su época, es porque, como hijo de su época, no disponía de estudios serios de estos pueblos y estaba confrontado solamente con los testimonios superficiales de los viajeros, administradores coloniales, militares o misioneros que reflejaban los prejuicios de una sociedad imbuida de sus adelantos técnicos y

científicos y amparada en la visión optimista de la evolución socio-cultural, como la reflejaba la antropología en los últimos decenios del siglo XIX en que se esforzó por constituirse como ciencia, la antropología llamada “evolucionista”, que anteriormente hemos caracterizado.

Es por esta razón y por haber él mismo visto a ciertos indígenas sólo de pasada durante su viaje en el Beagle, que Darwin no pudo reconocer en las sociedades indígenas la presencia de los valores sociales propiamente civilizatorios, que él, exclusivamente, atribuyó a la civilización industrial europea de su época. Sus propias observaciones y los juicios que expresó sobre temas sociales durante su viaje en el velero HMS Beagle (1831-36) dan una idea más matizada de la sensibilidad social y cultural del gran naturalista. Desembarcando en Brasil, le aborreció el espectáculo de la esclavitud. En la Tierra de Fuego, donde la nave desembarcó tres nativos Yagan, que habían sido educados en Inglaterra para obrar como misioneros en su pueblo, Darwin los encontró amables y civilizados, aunque los otros nativos le parecieron "salvajes miserables y degradados", tan distintos de los que iban a bordo como lo pudieran ser los animales salvajes de los domésticos, pero, para Darwin, esa diferencia estribaba en cuestiones culturales y no raciales. Al llegar a Australia, encontró a los aborígenes australianos "bienhumorados y agradables", y notó su decadencia por la proliferación de asentamientos europeos. Sin embargo, no podemos ocultar al citación siguiente en la cual Darwin aprecia de manera totalmente negativa a los indígenas de la Tierra de Fuego que encontró en su viaje: “These poor wretches were stunted in their growth, their hideous faces bedaubed with white paint, their skins filthy and greasy, their hair entangled, their voices discordant, their gestures violent and without dignity. Viewing such men, one can hardly make oneself relieve they are fellow-creatures, and inhabitants of the same world” (Darwin 1839: 235). Es de notar, además, que Darwin encontró a los indígenas, durante su breves exploraciones terrestres, en un medio social fuertemente influenciado por la colonización y afectado por la explotación laboral y la insalubridad de su hábitat.

En nuestra Amazonía, los descendientes de los pueblos originarios, a los que se han añadido inmigrantes del piedemonte andino, forman hoy en día lo que hemos llamado y definido como la *sociedad bosquesina*, que engloba toda la población rural, mestiza, ribereña e indígena. Estamos preparando en el IIAP, en base a nuestras investigaciones en comunidades bosquesinas durante los últimos 12 años, una monografía sobre la sociedad bosquesina, en la cual, precisamente, ponemos en evidencia los valores sociales positivos implicados en sus prácticas sociales productivas: el respeto de la autonomía de la unidades domésticas, la ausencia de una autoridad de mando y el reconocimiento de una autoridad intelectual, la solidaridad basada en la reciprocidad y la generosidad y que se extiende más allá de los límites de una comunidad. Las relaciones sociales bosquesinas incluyen, además de los seres humanos, a los seres de la naturaleza: sociedad y naturaleza forman una sola unidad sociológica, en la que se practican las relaciones de reciprocidad, y son ellas, junto con una tecnología modesta, que impiden la depredación de los recursos naturales. Las depredaciones, que, a pesar de eso, ocurren, siempre son inducidas por agentes de la sociedad dominante. Demostramos también que la sociedad bosquesina satisface mejor que la sociedad urbana capitalista

necesidades ontológicas humanas como la socialidad y la movilidad, es decir, el gusto de convivir y de disponer libremente de su cuerpo. Al contrario de lo que afirman los sempiternos prejuicios que prevalecen en la sociedad dominante y urbana, el bosquesino satisface todas sus necesidades, como cualquier ser humano adulto en cualquier tipo de sociedad; lo que no siempre satisface son más bien sus *desiderata*, lo que el desea, así como también nos pasa a nosotros en la ciudad que no podemos satisfacer todos nuestros deseos. La calidad de vida bosquesina, si bien se caracteriza por un consumo limitado y modesto de bienes materiales industriales, es satisfactoria para el bosquesino, pues él resiste tenazmente a cambios sociales que le quieren imponer los llamados “proyectos de desarrollo”, que no tienen otro propósito que aumentar el ingreso monetario, sin considerar los impactos negativos en la vida social (el creciente egoísmo, la desigualdad material, el aumento de la envidia, los constreñimientos laborales, etc.). Los fracasos regulares de estos proyectos son la prueba de lo que estoy afirmando. Y otra evidencia que se nos saltó a la vista: el dinero, en la sociedad bosquesina, no tiene la misma función ni el mismo peso que en la sociedad urbana y capitalista, lo que no nos permite seguir hablando de “pobreza” o “extrema pobreza”, cuando nos referimos a la sociedad bosquesina con un ingreso pro cápita de menos de 1 USD al día. Este descubrimiento nos fue confirmado por el discurso de un líder kokama que logró un nivel de análisis excepcional de su propia sociedad en comparación con otros líderes, que no hacen más que repetir el discurso desarrollista dominante. Cito un pasaje de su discurso tal como fue transcrito por los Agustinos de Nauta y como lo pronunció frente a representantes de una compañía petrolera y del Ministerio de Energía y Minas:

“Y, entramos al tema de la valorización económica y la pobreza. Ya les dije hace un momento, que para nosotros el desarrollo occidental no es igual a vivir bien. A nosotros nos interesaría seguir manteniendo nuestro hábitat como hasta ahora se ha presentado, porque ahí vivimos bien. Y queremos decir que la pobreza aquí en nuestras comunidades no existe. La pobreza está en Iquitos, está en las grandes ciudades, donde esa gente tiene que escarbar en la basura para poder encontrar qué comer. Aquí en las comunidades no es así. El desarrollo de nuestras comunidades no pasa porque tengamos plata, casa de calamina, televisor o refrigeradora, lo que tenemos que mirar la televisión todo el día sin tener que comer, sin tener nada en la barriga. Acá se come bien. Y comemos hartos. Tenemos nuestros recursos, sembramos nuestras chacras. Venir a decir que la pobreza mata a las comunidades, es terrible escuchar eso para nosotros. Estamos relacionando directamente desarrollo con plata. Y para nosotros no es así.”

Con este planteamiento quiero concluir mi exposición, formulando dos últimas preguntas para su meditación:

Frente a un sistema económico y social capitalista, cuyos principios básicos acaban de invalidarse a consecuencia de la reciente crisis financiera y las intervenciones masivas de los Estados más desarrollados, manifestando así la



superioridad del principio de la solidaridad sobre el de la competencia, frente a las nefastas consecuencias ecológicas y climáticas de una economía siempre creciente y promotora del consumerismo, frente al previsible agotamiento de los recursos naturales si se sigue explotándolos a un ritmo en constante aceleración ¿la presencia en la Amazonía de una sociedad que nos ilustra que el hombre puede vivir con satisfacción y felicidad, consumiendo menos bienes materiales, dedicándose más al gusto de convivir, de trabajar autónomamente y a un ritmo libremente decidido, de cooperar alegremente en labores productivos y festividades, esta presencia de la sociedad bosquesina, que vive privilegiando valores sociales que el egoísmo individualista de la sociedad capitalista ha eliminado (y que la religión cristiana sólo puede predicar), no sería, a mediano y largo plazo, una “ventaja comparativa” – para usar un término de moda en la economía liberal – que ayuda al país a enfrentar con mayor sustento popular las restricciones futuras – económicas y ecológicas – que se presentarán inexorablemente? En este caso, en vez de tratar de destruir esta sociedad esforzándose, con los llamados “proyectos de desarrollo”, a inculcarle valores competitivos, egoístas y consumeristas ¿no sería conveniente de inspirarse de sus valores sociales de ayuda mutua y solidaridad, en los que Darwin reconoció los más altos valores de la civilización, y, en vez de reducir el ámbito de su vigencia por una política de desarrollo desastrosa, ampliarlo, con previsión, solidaridad y generosidad, hacia el nivel general de la nación, remediando así a la dominación de un rasgo social arcaico y animal, la lucha, la competición y la vigencia de la ley del más fuerte, – rasgo que, como lo vemos en la actualidad, está llevando la humanidad a un callejón sin salida?

Como vemos, nuestra reflexión sobre el pensamiento de Darwin referente a la evolución de la sociedad y civilización humana, nos llevó a plantear preguntas que son de actualidad aquí en la Amazonía, pues inciden directamente en la orientación de nuestra política de desarrollo. ¿Cuántos políticos, líderes, científicos e intelectuales amazónicos estarán dispuestos a meditar estas preguntas y a cuestionar los esquemas de pensamiento y valores sociales dominantes hasta hoy en día?